de largo convoy, ó bien nos describan la diminuta villa encaramada en una altura y durmiendo bajo las estrellas (1).» Nos introducen en los municipios de Picardía y Flandes, y principalmente en Arras, el modelo de ciudad rica y activa, en donde los gremios de artesanos, tapiceros y obreros en metal y pedrerías celebraban banquetes dignos de Pantagruel (2). «Cuando uno de estos mercaderes vuelve con la bolsa llena, á través de los caminos más seguros, de una de las grandes ferias de Champaña ó Flandes, y penetra nuevamente en su ciudad bien guardada, se siente invadido de buen humor, como un burgués de Aristófanes, al trincar de los escudos y al olor de las cocinas suculentas. La prosperidad engendra el ocio y la pereza, madre del arte. Como se ha dado al adorno y decoro de su casa familiar, es justo que decore y adorne su espíritu. Le son necesarios estos juglares que acuden á cantar y declamar en su presencia los dichos de «plateros,» «panaderos,» «pintores,» que constituyen para él lo que las odas de Píndaro para los burgueses de Micenas ó Megara. En contraste con la literatura de los castillos, nace la literatura del estado llano (3).»

Entre los más antiguos representantes de esta nueva literatura conviene citar á Juan Bodel, que murió hacia 1210. Largo tiempo había figurado entre el servicio del municipio de Arras como ministril ó heraldo de armas. Iba á partir para la cruzada de 1204 cuando le atacó la lepra. Pero antes de encerrarse en un hospital de leprosos para vivir en él de una renta que le pasaban los escribanos, dirige á sus amigos de Arras un *Congé,* poema en el que nombra, junto con algunos castellanos del Artois, á los principales burgueses de la ciudad. En él dice adiós á los «que dulcemente le han alimentado,» y su reconocimiento se derrama en tiernas expresiones. «Bodel confiesa que Pedro Wasquet le fué utilísimo y que Simón Durant le auxilió muchas veces. Raúl Reuvín le consideraba como un hijo. El tesoro de Waubert Leclerc se abría á su voluntad. En cuanto á Nicolás el Carpintero, un verdadero banquero para él, le bastaba con llamar á su caja (4).»

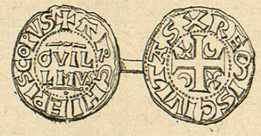
Este trovador burgués no despreciaba, sin embargo, la clientela de caballeros y barones. Escribió para ellos una canción de gesta, los *Saisnes* ó los *Saxons,* arreglo de un antiguo poema del ciclo carlovingio, hoy perdido, donde intercaló sentimientos y escenas de amor para conformarse con los hábitos recientes de la cortesía. Pero la tendencia burguesa prevaleció decididamente en él. Compuso á la par que los *fabliaux* (nueve cuentos de este género pueden atribuírsele) multitud de pastorales, y sobre todo el *Jeu de Saint Nicolas,* una de las más antiguas piezas teatrales escritas en francés.

Drama casi sekspiriano, guerrero, religioso y popular á la vez, el *Jeu* pone en escena personajes de epopeya: un rey sarraceno, un senescal, sus almirantes y sus feudatarios, al lado de los habitantes de un municipio: hosteleros, pajes, pregoneros de vino, postes de taberna, jugadores y ladrones de la peor especie. A las descripciones de los combates entre paganos y cristianos se suceden bruscamente cuadros de taberna y riñas de borrachos, que ocupan la mayor parte del poema. Allí el tabernero llamando á gritos á los que pasan por delante de su tienda: «¡Eh!, buenas gentes, se hace buena comida: hay pan caliente y arenques calientes y vino de Auxerre á toneladas,» y el pregonero de vino, Raoulet, que va por las calles desempeñando su oficio: «El vino corre nuevamente á pleno vaso y á tonel lleno; vino discreto, bebible, fuerte y substancioso, corriendo como ardilla en la selva, sin asomo de agrio y pasado; corre con alegría, seco y vivo; claro como lágrima de pecador; vino inseparable de la lengua. Ved cómo devora su propia espuma; cómo salta, chispea y hierve; mantenedlo un poco en la lengua y sentiréis llegar el gusto al corazón.»

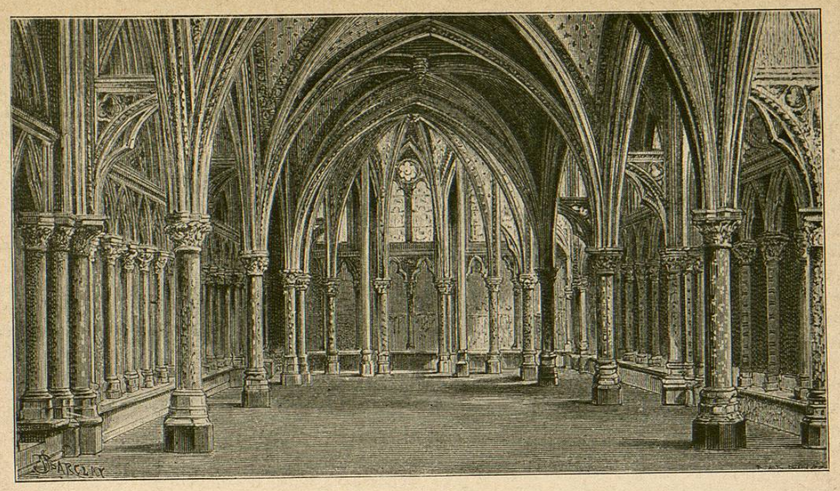
Y esta mezcolanza singular de diálogos serios y grotescos, de poesía caballeresca y báquica, en que la lengua de un atrevimiento populachero desciende muchas veces al argot, se termina por la milagrosa intervención de San Nicolás, la conversión de los sarracenos y un *tedéum* entonado por todos los actores.

Un poema de este carácter debió ser escrito para complacer á una burguesía belicosa, aficionada al vino y á la risa, todavía devota, pero que ya no cree irreverente mezclar lo sagrado á lo profano. En el *Jeu de Saint Nicolás* aparece como en síntesis la Edad media, antigua y nueva; el mundo heroico de los caballeros y de las cruzadas, y el pueblo turbulento de las ciudades, la gentezuela de talleres y tenduchos, á quienes pertenecía el porvenir.

(1) Bédier, *Les Fabliaux*, pág. 306.
(2) Uno de los personajes del célebre cuento de Rabelais *Garganúa* y *Pantagruel*, famoso por sus hábitos de epicureísmo, como lo era Gargantúa por su voracidad.—*(N. del T.)*
(3) Ibíd., pág. 322.
(4) Guy, *Adam de le Hale*, pág. XXII.



Moneda de Guillermo II, arzobispo de Remis



Cripta de la Santa Capilla de París

San Luis.—Felipe el Hermoso.—Los últimos Capetos directos (1226-1328)

POR C. V. LANGLOIS, DE LA UNIVERSIDAD DE PARÍS

LIBRO PRIMERO

LOS ACONTECIMIENTOS POLÍTICOS DESDE 1226 Á 1285

CAPITULO PRIMERO

LA MINORIDAD DE LUIS IX (1)

I. Blanca de Castilla, sus familiares y sus adversarios.—II. Gobierno de Blanca de Castilla hasta la partida del cardenal de San Angelo.—III. Correrías y convenios, desde 1229 hasta 1231.—IV. Ultimos años de la Regencia.

I.—Blanca de Castilla, sus familiares y sus adversarios

La muerte súbita, sospechosa, de Luis VIII produjo en Francia una crisis. La herencia de odios que Felipe Augusto y Luis VIII habían acumulado durante treinta años de conquistas, fué transferida, en noviembre de 1226, á un niño de doce años; y de ahí que la Francia y la monarquía, tan prósperas al principio del siglo XIII, parecieron, de la noche á la mañana, estar en peligro.

Luis VIII en su lecho de muerte había declarado que «su sucesor, con el reino, y sus otros hijos meno-

(1) FUENTES.—La exploración de las fuentes originales de la historia política del siglo XIII no está aún terminada. Es cierto que la mayor parte de las crónicas se hallan reunidas en los tomos XX á XXIII de los *Historiens de la France* (á partir del tomo XVI); pero queda mucho que hacer con respecto á los documentos de archivos. El inventario, según el orden cronológico, de los escritos contenidos en las *layettes* (gavetas) del Tesoro de las cartas, no se ha publicado más que hasta el año de 1260. La empresa de la Escuela francesa de Roma, que se ha impuesto la tarea de analizar los registros de la cancillería pontificia en el siglo XIII, está aún en vías de ejecución. Los últimos volúmenes de la colección de los *Historiens de la France* contienen algunas cuentas reales del siglo XIII, pero está todavía inédita la mayor parte de los documentos financieros.

OBRAS DE CONSULTA.—La historia del reinado de Luis IX fué muy diligentemente estudiada en el siglo XVII por Le Nain de Tillemont; la compilación de Le Nain (impresa en seis volúmenes por M. de Gaulle: *Vie de Saint-Louis*, 1847-1851) es útil todavía, porque el autor se ha servido de unas fuentes que en la actualidad se han perdido. En nuestros días MM. F. Faure *(Histoire de Saint-Louis*, 1865), H. Wallón *(Saint-Louis et son temps*, 1875), A. Lecoy de la Marche *(La France sous Saint-Louis*, sin fecha, «Bibliothèque d'histoire illustrée») y muchos otros autores (véase la *Bio-bibliographie* de M. U. Chevalier en la palabra «Louis IX») han escrito sobre este asunto. Pero ninguna de esas obras generales ofrece ahora el último adelanto de la ciencia; la historia de Francia, desde 1226 hasta fin del siglo XIII, ha sido recientemente renovada por monografías que se indicarán más adelante.

La historia de la minoridad de Luis IX, en particular, ha sido renovada por E. Berger: *Histoire de Blanche de Castille*, 1895.

res,» debían estar hasta su mayor edad bajo el *bail,* ó sea bajo la guarda de la reina Blanca, su viuda. El arzobispo de Sens y los obispos de Chartres y de Beauvais lo afirmaron por escrito. Esta designación *in extremis,* hecha en detrimento de los príncipes de la sangre, no fué seriamente discutida. El derecho público de la monarquía era todavía flexible, informe. Los enemigos de la reina Blanca, que la han colmado de injurias, no se han unido jamás para acusarla de haber usurpado la regencia ó de prolongar ilegalmente la minoridad de su hijo. Los barones de Francia aceptaron de hecho, sin discutir la cuestión de derecho, que la reina fuese propuesta, por la voluntad del rey difunto, para el gobierno del reino. Así fué como la defensa de las tradiciones de los Capetos se encomendó, en circunstancias difíciles, á una mujer extranjera.

La reina Blanca era hija de Alienor de Inglaterra y de Alfonso *el Noble,* de Castilla, y hermana de Berenguela de Aragón, esa princesa varonil que supo salir airosa en medio de las intrigas violentas de la nobleza castellana, y que hizo de Fernando III, su hijo, un rey y un santo. Traída á Francia á los doce años, en 1200, nunca más había salido de este reino; pero no había olvidado la España: hubo siempre damas y servidores españoles en su casa; recibía con frecuencia de allá abajo, y por su parte enviaba también allí, mensajes y regalos. Casada con el príncipe Luis, había sido una esposa fecunda, fiel, activa; cuando Luis, llamado á Inglaterra por los enemigos del rey Juan, había visto comprometidos sus asuntos, Blanca había organizado en Calais una flota de socorro. Un narrador popular del siglo XIII, el ministril de Reims, refiere á este propósito una anécdota que, verdadera ó falsa, pinta el carácter atribuído por los contemporáneos á la nuera de Felipe Augusto. El príncipe Luis, exhausto de recursos, estrechado por los ingleses, había pedido inútilmente dinero á su padre. «Cuando doña Blanca lo supo, fué al encuentro del rey, y le dijo: «¿Dejaréis morir así á mi señor, vuestro hijo, en país extranjero? Señor, por Dios, él debe reinar después de vos; enviadle lo que necesita, y desde luego los réditos de su patrimonio.—Ciertamente, dijo el rey, Blanca, yo no haré nada de esto.—¿No, señor?—No, en verdad, dijo el rey.—Por el nombre de Dios, dijo doña Blanca, yo sé lo que debo hacer: tengo unos hermosos hijos de mi señor; yo los daré en prenda y encontraré á alguien que me preste sobre ellos.» Y se marchó como loca; pero el rey la hizo llamar y le dijo: «Blanca, yo os daré de mi tesoro tanto como pidáis; haced de ello lo que queráis; pero sabed, en verdad, que yo no le mandaré nada.—Señor, respondió Blanca, vos decís bien.» Y entonces le fué entregado un gran tesoro que ella envió á su señor.» He aquí todo lo que se sabe de ella antes del momento en que la muerte de su marido le impuso grandes responsabilidades.

A su alrededor, para asistirla, había hombres de experiencia, envejecidos en la corte de Felipe Augusto. El hermano Guérin, caballero del Hospital, uno de los héroes de Bouvines, que llegó á ser obispo de Senlis y canciller de Francia, y á quien se consideraba en noviembre de 1226 como «el más firme sostén» de la dinastía, murió, es verdad, en el mes de abril de 1227; pero otros servidores experimentados estaban en disposición de reemplazarle. En primera línea, el venerable Bartolomé de Roie, camarero de Francia hacía veinte años. La *Crónica de Tours* dice que los adversarios del reino, viéndolo gobernado, después de la muerte del rey Luis, por un niño, una mujer y un anciano (Bartolomé de Roie), lo creyeron una fácil presa, según este dístico de Ovidio:

Tres sumus imbelles numero: sine viribus uxor,
Laërtesque senex Telemachusque puer.

Además de Bartolomé de Roie figuraban en el consejo íntimo de la reina los miembros de esas familias leales, originarias en su mayor parte de la Isla de Francia y del Gâtinais, las cuales adictas desde hacía mucho tiempo á la casa de los Capetos, colmadas por ella de favores, disfrutaban el privilegio de proporcionarle grandes oficiales, mariscales, alcaides y obispos: los Montmorenci, los Montfort, los Beaumont, los Valeri, los Milli, los Clément, los Cornu. Gualtero Cornu, arzobispo de Sens, fué uno de los ministros más activos de la corte del rey durante la menor edad de Luis IX. El condestable Mateo de Montmorenci, el mariscal Juan Clément, señor de Metz, Juan de Beaumont, etc., tenían fama de guerreros consumados (1).

Este personal de gobierno fué inmediatamente puesto á prueba. En efecto, los grandes vasallos de la corona, dominados y después mantenidos en respeto durante las guerras precedentes, habrían de buena gana tomado su desquite. Pero tanto como los méritos de sus familiares, á la reina Blanca debía en aquella ocasión servirle la nulidad de sus adversarios. Los grandes señores de Francia estaban entonces completamente desprovistos de sentido político y de método. No se parecían absolutamente á sus contemporáneos, los barones ingleses de Juan *Sin Tierra* y de Enrique III. Al contrario, á cuatrocientos años de distancia, hay analogías sorprendentes entre la minoridad de Luis IX y la de Luis XIV: una oposición brillante, tumultuosa, desordenada, aliada con el extranjero; intrigas, cabalgadas y canciones; espantosas miserias; y contra la roca de la autoridad real, ya tan sólida que difícilmente una tempestad la hubiera conmovido, soplaba un viento de revuelta (2).

El primero de los príncipes de sangre era el conde de Boulogne, Felipe, hijo legítimo de Inés de Méranie y de Felipe Augusto. Le llamaban *Hurepel* «el Erizado,» á causa de su cabellera, abundante y mal peinada, como la de su padre. Debía mucho á Luis VIII, que le había investido con los dominios de la casa de Dammartín, después de la condenación de Renato de Dammartín á cadena perpetua. Era rico, y como tío de un rey niño, candidato eventual al gobierno del reino. La casa de Dreux, que se remontaba hasta Luis VI, estaba representada por el conde Roberto Gâteblé de Dreux, su jefe, y por los tres hermanos de este conde: Juan de Braine, conde de Macón; Enrique de Braine, que fué tesorero de Beauvais, después arzobispo de Reims, y por fin Pedro, llamado Mauclerc, el gran hombre de la familia. Este, viudo de Alix, la heredera de la Bretaña francesa y del condado de Richmond en Inglaterra, tenía desde 1221 la guarda de esos dos feudos, en nombre de su hijo de menor edad Juan *el Rojo;* era altanero, huraño y tenaz; había pasado el tiempo hasta entonces guerreando contra el clero y la nobleza salvajes de Bretaña, y contra sus vecinos de Poitou y de Anjou; se decía que había hecho emparedar á unos fugitivos en lugares de asilo consagrados y enterrar vivo á un sacerdote. Su ambición pasaba por ser ilimitada; corría el rumor de que Roberto, fundador de la casa de Dreux, había sido el primogénito de Luis *el Gordo,* y que su raza estaba injustamente descartada del trono. Los otros príncipes de estirpe de los Capetos, los de la casa de Courtenay y Hugo IV de Borgoña, eran todavía jóvenes ó carecían de autoridad.

Entre la corona y Mauclerc, fautor probable de revuelta, los señores de los grandes principados feudales, Flandes, Champaña, Guiena, Tolosa, parecían los llamados á decidir.

Al advenimiento de Luis IX, el esposo de Juana de Flandes, Ferrán de Portugal, el vencido de Bouvines, se encontraba preso en París, en el castillo del Louvre, hacía ya muchos años. Pero como era cuñado de la reina de Portugal, hermana de Blanca, ésta, muy adicta á su familia, había desde 1226 obtenido de Luis VIII lo que Felipe Augusto había negado á las súplicas de dos papas: la promesa de ponerlo en libertad. En enero de 1227 lo libertó ella misma por un tratado que aseguraba su rescate con las garantías convenientes.

El conde Ferrán y su esposa, la condesa Juana, quedaron en adelante ligados por aquel beneficio.

El conde de Champaña Thibaut IV había inferido á Luis VIII una grave injuria cuando, en el sitio de Aviñón, había abandonado el ejército real bajo el pretexto de que sus cuarenta días de servicio feudal habían ya terminado. ¿Qué había ocurrido? La malevolencia pública inventó explicaciones y composturas: había entrado en inteligencias con los sitiados, era el amante de la reina, etc., etc. De la muerte imprevista del rey se dedujo el envenenamiento, y como envenenador se designó á Thibaut. El rumor adquirió tales proporciones, que Blanca se creyó en el deber de prohibir al conde de Champaña que entrara en la ciudad de Reims, cuando éste se dirigía allí con gran aparato para asistir al coronamiento de Luis IX. Pero si la reina tomó en efecto esta medida rigurosa, no lo hizo de buena gana. Ella no ignoraba que Thibaut, su primo hermano, la pretendía con verdadero amor. Este conde poderoso, que á veces se entretenía en hacer versos y que hizo algunos bastante graciosos, pensaba sin duda en la madre del rey de Francia cuando dijo en una célebre canción:

Cele que j'aim est de tel seignorie
que sa biautez me fait outrecuidier... (1)

Amor romántico, inofensivo, de un joven sensible, de carácter débil, hacia una madre de familia, ya madura, virtuosa sin duda, y cuya pasión dominante era el orgullo. Existen además razones para creer que Blanca de Castilla, por su parte, profesaba á Thibaut una especie de cariño maternal, indulgente y brusco. ¿Por qué habría ella desdeñado usar, en interés de su política, de su ascendente personal sobre este tímido enamorado?

Así, por el lado del Norte y del Este, la dinastía no tenía nada que temer; el peligro estaba en el Sudoeste. Por una parte el conde de Tolosa y los langüedocianos no habían quedado abatidos por la campaña demasiado corta de Luis VIII. Por otra parte, era cierta la hostilidad del duque de Guyena, rey de Inglaterra. Dueño de la Gascuña, Enrique III no podía olvidar que Felipe Augusto había arrebatado al rey Juan, su padre, varias provincias, en las que, principalmente en Poitou y en Normandía, los partidarios de la dominación inglesa eran todavía numerosos. Enrique III era el patrono indicado de los rebeldes, como Pedro Mauclerc era, á falta de Felipe Hurepel, el jefe indicado de los mismos. Afortunadamente no tenía más que veinte años, estaba muy ocupado en su isla y fué siempre un pobre hombre, torpe, débil, brutal y despreciado.

Tales son los personajes que durante los diez años de la minoridad de Luis IX representaron los primeros papeles en la escena política: la historia de Francia, durante estos diez años, es la historia de sus alianzas y de sus luchas. En el último término evolucionan los comparsas: Hugo de Lusiñán, conde de la Marche, esposo de la ex reina de Inglaterra, madre de Enrique III; los barones de la Bretaña, enemigos de Pedro Mauclerc, agrupados alrededor de Enrique de Avaugour, jefe de la casa de Penthièvre; y otros señores que, unas veces fieles á sus dóminos inmediatos y otras veces unidos al partido contrario, complican considerablemente el juego de las combinaciones. En fin, desde lo alto y de lejos, el papa asiste á los conflictos. El papa era entonces Gregorio IX, quien se mostró al principio favorable á Enrique III, vasallo de la Santa Sede, pero que bajo la influencia de su legado en Francia cambió pronto de actitud. Este legado, Romano Frangipani, cardenal diácono del título de San Angelo, había sido acreditado cerca de Luis VIII por Honorio III en 1225; después de la muerte del rey permaneció cerca de la reina, se puso á su servicio y la dirigió. Como en varias provincias eclesiásticas los cabildos catedrales se negaban á pagar el diezmo para la cruzada del Langüedoc, se ocupó en obligarles á ello; el cabildo de París le acusó delante de Gregorio IX de haber dicho que «para conseguir el diezmo á favor de doña Blanca, quitaría á los canónigos hasta sus capas.» Atacado, el cardenal fué á Roma á defender su causa y la ganó. Volvió de allí más imperioso, más atendido que nunca. No era un ad-

(1) Por otra parte, apenas se conocen más que los nombres, los títulos, la genealogía y algunos actos insignificantes de todos estos personajes, Un elogio contemporáneo de Bartolomé de Roie no habla más que de su piedad, de su beneficencia y de sus alianzas. La figura de Gualtero Cornu está también enteramente borrada; el dominico Tomás de Cantimpré ha hablado de él, pero solamente para declarar que la muerte de este prelado († 1241) fué un efecto de la venganza divina; Gualtero habría aconsejado á Luis IX la mansedumbre con los judíos; Tomás añade que el rey abandonó precipitadamente el castillo de Vincennes, donde el dedo de Dios había tocado al arzobispo, para no sufrir también los efectos de la cólera divina, *ne cum episcopo divinitus feriretur.*

(2) La gente del pueblo no desempeñó ningún papel en los disturbios que acompañaron la minoridad de Luis IX; pero todas sus simpatías estaban en favor de la causa real, porque la identificaba con la causa del orden. La elegía de Roberto Saincereau sobre la muerte de Luis VIII, compuesta en 1226, traduce torpemente, pero con claridad, este sentimiento profundo.

(1) «Aquella que yo amo es de tal señorío, que su belleza me hace envanecer.»

venedizo, un diplomático, como otros italianos astutos y rastreros que han gobernado en Francia; era un caballero, un gran señor, de desdeñosos y ásperos modales.

II.—El gobierno de Blanca de Castilla hasta la partida del cardenal de San Angelo

El desorden de los grandes señores, irresolutos, divididos, sin programa, valió á la reina y al cardenal, sin efusión de sangre, la victoria decisiva en los primeros
1226 encuentros. La coronación de Luis IX tuvo lugar en Reims el 29 de noviembre de 1226, según el ceremonial acostumbrado. Después Blanca, acompañada del legado, de Felipe Hurepel, del conde de Dreux y de un ejército, marchó directamente al Sudoeste, donde se agitaban los bretones, los potevinos y los anglo-gascones. Se detuvo en Loudún; los descontentos acampaban en Thouars. Allí, á principios de marzo de 1227, el conde de Bar y el conde de Champaña (que se había dejado arrastrar en un momento de mal humor contra la reina) abandonaron á los coligados. Quince días después se sometieron Pedro Mauclerc y el conde de la Marca, quienes obtuvieron por los tratados de Vendôme tierras y rentas considerables, pero se comprometieron á servir al rey con todos y contra todos, y se concertaron casamientos entre sus hijos y los de doña Blanca. Los anglo-gascones, extrañados de quedarse solos, aceptaron una tregua.

Los tratados de Vendôme no tenían tampoco más valor que el de una tregua. La efervescencia no decayó. Un día, estando el pequeño Luis en Châtres (Arpajón), cerca de Montlhéry, fué amenazado por un partido de barones rebeldes, cuyo cuartel general estaba en Corbeil y que habían formado el proyecto de apoderarse de su persona. Las milicias de París y de la isla de Francia, tan adictas á la familia real, fueron á librarlo. Y el rey no olvidó jamás esta escena: «Me contó, dice Joinville, que desde Montlhéry hasta París el camino estaba lleno de gente armada y sin armas, y que todos gritaban á Nuestro Señor que le diera buena y larga vida, y que le defendiera y guardara.» Esta vez, Felipe Hurepel parecía ser el jefe de los conjurados. Desde que Renato de Dammartín, su padre político, cuya herencia había usurpado, hubo muerto en la prisión, la reina había perdido un poderoso medio de intimidación sobre este personaje, y fácilmente se le había decidido á
1228 ponerse á la cabeza. Hubo en 1228 asambleas de la nobleza preparatorias de un levantamiento; el conde de Bretaña y el señor de Couci, Enguerrando III, para quien se construyó el castillo cuyas ruinas se ven en Couci, tomaron parte en las mismas. Pero todo se redujo á una llamarada. En pleno invierno (enero de 1229), la reina y el joven rey, á la cabeza de un ejército en que figuraba el contingente de Champaña, se apoderaron de la fortaleza de Bellême, en el Perche, que pertenecía á Mauclerc; el señor de la Haie-Painel, cerca de Avranches, que se había armado en nombre del rey de Inglaterra, «duque de Normandía,» fué fácilmente puesto en razón por el alcaide de Gisors. Los demás no se movieron. Blanca, por lo demás, había tomado sus precauciones contra el conde Hurepel y sus aliados de Picardía; se había hecho prestar juramento de fidelidad por los magistrados municipales de las ciudades situadas entre el Sena y la frontera de Flandes, vecinas de esos rebeldes. Ruán, Beauvais, Mantes, Pontoise, Amiéns, Compiègne, Laón, Montdidier, Noyón, Saint-Quentín, todas las ciudades del Somma se habían obligado á defender con todos sus recursos á doña Blanca y á sus hijos.

Al mismo tiempo se disipaba en el Mediodía un peligro muy temible. El legado, que había regresado de Roma en la primavera de 1228, con plenos poderes de la Santa Sede, había dado un impulso vigoroso á la guerra que desde la muerte de Luis VIII se iba sosteniendo en el Langüedoc contra Raimundo VII, sin incidentes notables; la comarca de Tolosa fué asolada y se tomó la plaza fuerte de Brusque. Cansado, descorazonado, Raimundo VII se resignó á la paz; por mediación del conde de Champaña entró en negociaciones, en Meaux, con el cardenal y las gentes del rey. En París, algunos días después, el Jueves Santo del año 1229, el defensor de la independencia del Langüedoc pidió públicamente perdón de su falta, en el atrio de Notre-Dame, en presencia del cardenal Romano Frangipani, El tratado de París, de abril de 1229, abandonó
1229 al rey los países que formaron las senescalías reales de Beaucaire y de Carcasona. Juana, hija única del conde de Tolosa, quedaba prometida á uno de los hermanos del rey, con la expectativa de Tolosa y su obispado y otros dominios de Raimundo (Agenais, Rouergue, parte del Querci y del Albigeois), si Raimundo no tuviese otro heredero al tiempo de deferirse su herencia. Además, el conde de Tolosa juró ser fiel durante su vida á la Iglesia y al rey, y mantener la paz en sus tierras; en garantía de lo cual entregaba á los reyes nueve fortalezas, entre ellas el Castillo-Narbonés de Tolosa. En fin, la autoridad eclesiástica velaría en los países situados entre el Ródano y el Garona, todavía infestados de herejía, para el restablecimiento y la conservación de la fe (1).

Cinco meses más tarde, Roger Bernardo, conde de Foix, se sometía á su vez en Melún.

Si el tratado de París, muy hábilmente redactado, es, como se ha creído, obra del cardenal de San Angelo, es el servicio más señalado que Frangipani prestó á la corte de Francia. Pero no es el único. Con razón ó sin ella, la reina se guió constantemente por sus consejos. Él consiguió prolongar hasta el 22 de julio de 1229 la tregua con los ingleses. Fué él quien enconó una disputa, al principio insignificante, entre el gobierno real y la Universidad de París, hasta el punto de poner en peligro la existencia de esta gran corporación. En fin, gracias á él se obtuvo que Thibaut de Champaña fuese amparado contra los demás barones, por la protección de la Santa Sede.

(1) La cláusula más dura era aquella que, relativa al casamiento de Juana, prometía eventualmente el Mediodía tolosano á un príncipe capeto. «El mismo día en que se concluyó el arreglo, dice un narrador de aquel tiempo, Raimundo estaba con el rey, á quien había convidado á su mesa, cuando á mitad de la comida llamaron á la puerta. Era un prior que litigaba contra el conde en la corte de Francia. El escudero de servicio lo reconoció y dijo á su amo: «Señor, es el prior que vos sabéis.—Está bien, dijo Raimundo; dile que cuente los clavos de la puerta, que estoy comiendo con el rey.—Muy bien, replicó el religioso cuando recibió el recado: pero di á tu amo que coma lo más que pueda, porque hoy ha vendido la herencia de sus padres.»

El cardenal de San Angelo no era amigo de la Universidad; desde 1225, bajo Luis VIII, había roto su sello, rasgado sus privilegios, y su casa había sido saqueada por los clérigos exasperados. En febrero de 1229, en San Marcelo extramuros, una banda de estudiantes de la «nación» de Picardía apaleó á los habitantes de la aldea.

El cabildo de San Marcelo elevó las quejas de sus hombres al obispo de París y al legado, quienes invitaron á la reina á proceder rigurosamente. La policía se portó de una manera brutal; unos jóvenes que paseaban por el campo fueron perseguidos á través de las viñas, molidos á golpes y arrojados al agua. A su vez la Universidad se quejó «al legado y á la reina;» no se la escuchó; se dispersó, y las escuelas nacientes de Reims, de Angers, de Orleáns, de Tolosa, las escuelas rivales de Inglaterra, de España y de Italia, se aprovecharon de esta dispersión.

Thibaut de Champaña había llegado á ser la bestia negra de los rebeldes. Había traicionado hasta tres veces el partido de los barones desde el advenimiento de Blanca: en Loudún, antes de los tratados de Vendôme, poniendo trescientos caballeros á disposición de la reina para la expedición de Bellême, é interponiéndose en Meaux para procurar la sumisión del conde de Tolosa. Por otra parte, estaba personalmente enemistado hacía mucho tiempo con la mayor parte de los príncipes, parientes ó vecinos suyos: los de la casa de Dreux, los Courtenay, los Châtillón, el conde de la Marche, el conde de Nevers, Hurepel. Había creído asegurarse en 1227 la amistad del conde-duque Hugo de Borgoña con un tratado; pero Hugo había violado la cláusula principal de ese tratado casándose con Yolanda, hija del conde de Dreux, y Thibaut no había encontrado nada mejor para vengarse que arrestar al tutor de Hugo, Roberto de Auvernia, arzobispo de Lyón, que atravesaba sus Estados. Habiendo el conde de Bar, tío de Yolanda, libertado al arzobispo, el único resultado de esta aventura fué poner á Bar y á Borgoña en persecución del conde de Champaña. Los enemigos coligados de Thibaut lo encerraban en 1229 dentro de un círculo temible; pretendían hacer valer contra él los derechos de Alix de Chipre, su prima, que se decía heredera de Champaña; hablaban también de castigar el presunto asesinato de Luis VIII.

En estas críticas circunstancias el conde de Champaña encontró aliados; con autorización de la reina, Fernando de Flandes se echó sobre los condados de Boulogne y de Guines, y Mateo de Lorena tuvo á raya al Barrois; la presencia de la reina Blanca en Troyes bastó para detener á los borgoñones. Pero los socorros más eficaces los recibió Thibaut de Gregorio IX por mediación del legado. El cardenal había desde luego apaciguado el escándalo causado por el arresto del arzobispo de Lyón; como Pedro Mauclerc manifestaba la intención de casarse con Alix de Chipre, hizo prohibir por el papa, á pretexto de parentesco, este peligroso casamiento, y renovar las antiguas bulas que anulaban los supuestos derechos de Alix; en fin, en el mes de octubre, en Auxerre, restableció la paz en calidad de árbitro entre Thibaut de Champaña y el poderoso Guigues, conde de Nevers y de Forez. Este arbitraje de Auxerre fué uno de los últimos actos políticos de Romano Frangipani en Francia. A fin de aquel año dejó el país para no volver más, después de haber reunido un concilio en el Langüedoc pacificado, y encomendado á las gentes del rey la guarda del marquesado de Provenza, feudo de imperio que por el tratado de París Raimundo VII había cedido á la Iglesia. Al mismo tiempo llegaban cartas de Roma que invitaban al duque de Borgoña á permanecer tranquilo y prohibían á los grandes «conmover con sus discordias un reino de bendición y de gracia.»

III.—Correrías y convenios desde 1229 á 1231

La situación de Blanca parecía mejor á fines de 1229 que en 1226, porque la coronación del joven rey, la sumisión de Raimundo VII, la adhesión de Thibaut IV, el castigo de Pedro Mauclerc, sin hablar de una victoria fácil y muy caramente pagada sobre la Universidad de París, habían atestiguado su fuerza. Sin embargo, se injuriaba groseramente á ella, al cardenal y á Thibaut. Los estudiantes de la Universidad no se guardaban de decir, en canciones que es imposible reproducir textualmente, hasta en latín, que ella estaba demasiado bien con el legado: «Se nos despoja, se nos encadena, se nos ahoga; es la lascivia del legado la que nos vale todo esto.» Este chiste circulaba por todas partes; el ministril de Reims, eco de las habladurías populares, cuenta que la reina fué acusada de estar «encinta del cardenal Romain,» y que ella hizo que la vieran en camisa para confundir la calumnia. Por su parte, los gentileshombres no estaban menos animados contra la extranjera, la avariciosa, «la dama Hersent, de malas costumbres.

Bien est France abatardie,
Signor baron, entendés,
Quant feme l'a en baillie
Et tele comme savés (1)...

Se le acusa de hacer pasar allende los montes el dinero del tesoro real; de rodear á su hijo de españoles, de eclesiásticos y de gente de baja ralea; de alejar de su presencia «á los pares de Francia,» á quienes corresponde gobernar. En fin, el rimador Hugo de la Ferté, del partido de los barones, abruma con increíbles invectivas á su protegido, á su amigo del corazón, al traidor, al envenenador Thibaut de Champaña. El conde Thibaut es un bastardo, un desleal, más experto en filtros que en caballería; se hace mantener por la reina. ¡Y qué aspecto para un galán: desaliñado, entumecido y con un grueso vientre: «¿Un hombre así debería tener señoríos y castillos? Señores barones, ¿á qué esperáis?»

¿A qué esperaban en efecto? La gente se extrañaba de sus amenazas, de sus conciliábulos, de sus idas y venidas, que no iban nunca á parar á vías de hecho. El autor de una canción dialogada expresa muy bien los sentimientos que experimentaban en otoño de 1229 los más ardientes amigos de la nobleza: «Gualtero, vos que habéis estado con estos barones, decidme si sabéis lo que quieren. ¿No les veremos nunca estar de acuerdo? ¿No llegarán á las manos de bastante cerca para atravesar un escudo blasonado? Duran demasiado tiempo

(1) «Bien bastardeada está Francia,—señor barón, como veis, —cuando una mujer la tiene en guarda—y tal como vos sabéis.»